

LA VERDAD

QUÉ NOS HAS HECHO, PEDAZO DE BRUJO

Antonio Arco

¡Coño Brujo, que te vas del escenario y nos dejas en ascuas, compuestos y sin novia, con la boca abierta, confundidos, esperando que nos caiga la breva, esperando no caer del guindo, con la miel en los labios, con la sonrisa boba puesta! Brujo, que nos dejaste a la mitad. Al público, con el que hacías el amor escénico, lo dejaste con los ojos abiertos de par en par y a mitad de faena, sin alcanzar el cielo, el éxtasis, el orgasmo, la jubilación anticipada. Brujo, que se nos hizo cortísimo tu espectáculo, porque la verdad es que era corto, y eso es una mala pasada te pongas como te pongas.

Una noche con EL BRUJO, 25 años en escena, es el título del espectáculo con el que el actor se presentó el viernes en el Teatro Romea. Teatro lleno. Público entregado. "El Brujo", que sale y hace, como siempre, lo que le da la gana: y engancha al espectador, y se produce el milagro del teatro. Palabras, palabras, palabras a la que "El Brujo" rinde homenaje a través de textos clásicos que son de su gusto, y de alusiones a espectáculos suyos anteriores como el magnífico Lazarillo de Tormes, con texto de Fernando Fernán Gómez.

Y allí está "El Brujo", solo una vez más en el escenario, y lo llena. Habla de sus padres, de su infancia, de su gato, del cura Antonio, de Santa Teresa y del brazo incorrupto de Santa Teresa, que propone que Aznar lleve a EE.UU. para que lo contemple Bush, y de los vecinos espléndidos y cazurros de La Solana, y del vino...palabras, gestos, palabras, gestos, en un baile hermoso y sereno. Pero, coño, muy corto en la noche del viernes. Un suspiro de baile, un baile par abrir la boca, un baile fugaz.

Como siempre, incluso cuando recitando a Quevedo -¡eh, Quevedo!- proclama que "no hay contento en esta vida que se pueda comparar al contento de cagar", "El Brujo" está inspirado, cautivador, ingenioso, disparatado, irónico, la cabeza perdida y ágil, haciendo el solo teatro puro de enorme fuerza: actor y público en perfecta sintonía, en mitad de un silencio sagrado sólo roto por las agradecidas risas. "El Brujo" se lo guisa, se lo come, lo digiere y todo lo que haga falta. Puede con todo: hace de niño, de vieja, de monja, de caballero, de santo, de villano.

Y allí estaba el teatro lleno de público agradecido, el público sentado en sus asientos disfrutando del show, de "EL Brujo" convertido una vez más en un cómico, un juglar, un bufón, un mimo, un conversador, un pícaro, un cuentacuentos.

Pero corto, fue corto el espectáculo en el que se echó de menos algún fragmento de su último montaje, San Francisco, juglar de Dios, un bombón escénico parido por Dario Fo y enriquecido por "El Brujo" en el que el cómico español tiene momentos gloriosos en escenas jocosas y endiabladas de ritmo y disparate, de farsa, de exclamaciones, de onomatopeyas, de delirio interpretativo verdaderamente ejemplar.

Brujo ¡vuelve! Brujo ¡salud!

Un genio